

AMOR Y GLORIA DE DIOS.

SONETO.

Te amo, Señor; en tu existencia creo,
 Tu santo nombre en los espacios suena,
 Y sobre el orbe, que tu aliento llena,
 Radiando en gloria y majestad te veo.

Yo te adoro, Señor; tu ciencia leo
 En esos astros que tu mano enfrena,
 Y que en la vasta inmensidad serena
 Siguen la ley de tu inmortal deseo.

Cuando, desnudo de la humana escoria,
 Rompa los lazos que me impiden verte,
 Será mi esencia con la tuya unida;

Porque es tu *Sér* emanación de gloria,
 Negación absoluta de la muerte,
 Y afirmación eterna de la vida.

A. HURTADO.

FÁBULA.

LA PIEDAD BIEN ENTENDIDA.

El muchacho, el podador y el manzano.

Á un manzano podaba un hortelano,
 Y un muchacho, con íntimas querellas,
 «¿Por qué,» decía á gritos, «inhumano,
 Del tronco á quitar vas ramas tan bellas?»

— «Córtalas, podador,» dijo el manzano,
 «Qu» se me quiere encaramar por ellas.»

*El tal rapaz, que procuraba arguyo**El bien ajeno en beneficio suyo.*

R. DE CAMPOAMOR.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO»

*Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.**Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.*

1º Epist. de S. Juan, Cap. V, v. 4.

DOCTRINA

(Continúa.)

Cuarta verdad. Aunque en Jesucristo hay dos naturalezas distintas, no hay sin embargo en él más que una sola persona. El Hijo de Dios y el Hijo de María no son dos Hijos, sino uno solo que es Jesucristo. ¿Cómo puede ser, diréis, que el que es Dios y es hombre á la vez, no sea más que una sola persona? — Por impenetrable que sea este misterio, nosotros mismos llevamos de él una imagen clarísima en esta otra no menos inexplicable, aunque muy real y muy verdadera unión de dos substancias, alma y cuerpo, tan completamente diferentes que parecen incapaces de comunicarse entre sí, por tener cualidades tan opuestas; el alma espiritual, el cuerpo material; el alma racional, el cuerpo bruto; el alma inmortal, el cuerpo mortal. Y con todo, estas dos substancias se unen en nosotros con tal intimidad, que no forman más que una persona y un hombre, no

dos hombres y dos personas. Del mismo modo, dice San Atanasio, aunque la divinidad y la humanidad sean dos naturalezas infinitamente distantes entre sí, se unen hipostáticamente en Jesucristo para formar un solo sujeto, un solo individuo, una sola persona.

De no haber en Cristo sino una sola persona en dos naturalezas, proceden otras consecuencias que pertenecen al depósito de la fe; tales son las siguientes:

Se le pueden atribuir con verdad cualidades y caracteres enteramente contradictorios. Se puede decir, por ejemplo, que es eterno y que tuvo principio; que es omnipotente y débil; pasible é impasible; igual al Padre é inferior al Padre. Todo esto es verdad de la misma persona, pero no de la misma naturaleza; como se puede decir de nosotros según se considere una ú otra de las dos substancias de que estamos compuestos, que somos inteligentes y estúpidos, corruptibles é incorruptibles, mortales é inmortales. Si preguntamos: ¿En dónde se encuentra ahora San Agustín? Uno responderá: En el cielo; otro: En el sepulcro. Los dos dicen verdad, porque ambos hablan de la misma persona cuya alma está glorificada en el cielo y cuyo cuerpo yace en la tumba.

Más todavía. Como en Jesucristo hay una sola persona en dos naturalezas, se atribuye en él á Dios lo que no conviene propiamente más que al hombre, y al hombre lo que propiamente no conviene sino á

Dios. Así decimos que Dios padeció, que murió, porque la persona que sufrió la pasión y la muerte es verdaderamente divina, aunque haya padecido solamente en la naturaleza humana y no en la divina que es impasible. A causa de esta personalidad divina, las acciones, los padecimientos, los méritos del hombre, son acciones, padecimientos y méritos de Dios; y hé aquí por qué los teólogos dicen, hablando del Salvador, que una sola lágrima, un solo acto de su voluntad, una palabra, era bastante para rescatar al género humano, puesto que esa lágrima, ese acto, esa palabra siendo de una persona divina, no pueden menos de tener un valor infinito.

Finalmente, de no haber en Jesucristo más que una persona en dos naturalezas diversas, infiérese que María es y debe llamarse con toda verdad y propiedad Madre de Dios; pues si es cierto que no concibió ni dió el ser á la Divinidad, sí concibió y dió el ser al Hijo, que era juntamente Dios y hombre; y esto basta para llamarla con toda justicia y en sentido natural, Madre de Dios; como las demás madres son realmente madres de la persona que conciben y que está compuesta de un cuerpo y una alma, aunque el alma, la parte más noble y principal, no sea concebida por las madres, sino creada y enviada inmediatamente al cuerpo por Dios.

Estas son, en compendio, las verdades que debemos creer acerca de la substancia de este misterio de la Encarnación: verdades que son consiguientes á la fe de la concepción de Jesucristo.

Pasemos á estudiar ahora el modo milagroso con que se ejecutó esta concepción.

Si la concepción de Jesucristo tiene semejanza con la nuestra en que, como nosotros, fué concebido en el seno de una mujer y de su substancia, difiere completamente por haber sido concebido sin padre y por sólo la obra del Espíritu Santo, que dió á María una fecundidad toda divina, y la hizo madre conservándola virgen. Lo cual después de todo no debe admirarnos, sabiendo como sabemos, que Dios es omnipotente y facilísimamente puede suplir á todas las causas eficientes. Y si pudo, con sólo decir *Hágase*, formar el cuerpo del primer hombre con un poco de barro, por manera que ese toseo barro se transformara maravillosamente en huesos, músculos, nervios, sangre, etc., etc., ¿qué dificultad pudo tener para formar un cuerpo semejante al de Adán, tomando, no lodó vil, sino carne y sangre purísima de María? Así fué que el seno virginal de la doncellita de Nazareth concibió el cuerpo de Jesucristo por sola la virtud de Dios. Privilegio grande que distingue de toda otra concepción la de Jesús, quien por ser el Santo de los santos, la santidad misma, debió tener una concepción santa, debió ser concebido por obra del Espíritu Santo, que es principio y origen de toda santidad. Mas no por esto hayamos de decir que el Espíritu Santo puede llamarse padre de Jesucristo en cuanto hombre. No, porque para ser padre no basta formar una cosa; para ser padre se requiere indispensablemente formar la cosa de su

propia substancia. Así por ejemplo, no se dice que el escultor sea padre de la estatua que forma, ni el pintor sea padre del cuadro que dibuja; y el Espíritu Santo, aunque formó el cuerpo de Jesucristo, no lo formó de su substancia, sino de la de María.

Por otra parte, aunque decimos que el Salvador fué concebido por obra del Espíritu Santo, las tres divinas Personas concurren á ejecutar este misterio; mas como la Encarnación es una obra del amor infinito, y el Espíritu Santo es el amor substancial del Padre y del Hijo, se le atribuye naturalmente, del mismo modo que se atribuyen al Padre las obras de poder y al Hijo las de sabiduría.

Otra circunstancia hay además que hace prodigiosa la concepción de Jesucristo, y es que desde su primer instante fué hombre perfecto, si no en cuanto al cuerpo, sí en cuanto á el alma. Los demás niños, mientras están en el seno de sus madres, se hallan privados de conocimiento y razón; pero no así el alma de Jesucristo que tuvo desde entonces el uso perfecto de la razón; poseyó todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. Desde ese primer instante conoció por qué había venido al mundo, y se ofreció al eterno Padre por nosotros, y consintió con plena voluntad en recorrer toda la carrera dolorosa de tormentos que le aguardaban por nuestra salvación. San Pablo nos lo presenta dirigiendo al Padre estas palabras: *Tú no has querido sacrificio ni ofrenda: mas á mí me has apropiado un cuerpo. Holocaustos por el pecado no te han agradado. En*

tonces dije: Héme aquí que vengo: según está escrito de mí al principio del libro: Para cumplir ¡oh Dios! tu voluntad. (Hebreos. X. 5, 6 y 7.) De este modo comenzó Jesucristo desde el primer momento de su existencia á ejercer por nuestro bien el oficio de Salvador; comenzó la serie de sus padecimientos quedando encerrado en la estrecha prisión del seno materno durante nueve meses, con el más claro y perfecto conocimiento.

Este inefable misterio de la Encarnación, reservado desde toda la eternidad en el pensamiento divino, efectuado después silenciosamente en el seno virginal de María, acaba por descubrirse y manifestarse cuando Jesucristo vino al mundo como un hombre en todo semejante á los demás, aunque en realidad era el Hombre-Dios que ocultaba su divinidad bajo el velo de la humanidad. Nació este divino infante á la media noche del 25 de Diciembre, en una pequeña ciudad de la Judea, llamada Bethlehem. La santísima Virgen había ido allá con Señor San José, y por no haber hallado un lugar donde albergarse en los mesones, se vieron obligados á buscar abrigo por los alrededores de la ciudad; y así fué que en un miserable establo nació el Salvador del mundo.

Notemos primeramente que el lugar de su nacimiento fué Bethlehem, porque esta es una de las señales características del Mesías, de quien había predicho claramente el profeta Miqueas que allí nacería.

(Continuará.)

MORAL

LAS BUENAS Y LAS MALAS LECTURAS.

(CONTINUA.)

Si pues la lectura tiene tan directo influjo sobre el entendimiento, no lo tiene menor sobre nuestro corazón. La lectura puede modificarnos por completo, cambiando totalmente el corazón. La lectura excita y favorece los nobles sentimientos del alma cuando el autor acierta á moverlos: prende en ella el fuego ardiente de la caridad divina; la llama del amor á la patria, á la familia; engendra la afición á la virtud y el valor para el heroísmo; infiltra el aborrecimiento al mal moral, así como la noble resignación para sobreponerse á los males físicos; hace que se regocije en la prosperidad de sus semejantes y se compadezca en el infortunio.

Como se ve, amamos la lectura, la aprobamos y la aconsejamos á todos; pero con toda la vehemencia de nuestra alma protestamos contra los malos libros y los malos periódicos. Además queremos que la lectura sea *metódica*: esta palabra sintetiza todas las reglas de moral y de lógica, es decir, todo lo que mira á las relaciones de los libros y de los periódicos con la verdad; con el bien y con la belleza; todo lo que respecta al tiempo que se emplee; al modo de leer con atención y ejercicio de las facultades

que correspondan á la materia; á la materia que se elija según las aptitudes, estado, ocupaciones y probable porvenir de quien lee; á los libros que se escojan para la instrucción y aun para el simple recreo del espíritu.

Á todo eso hay que atender y todo eso se descuida en la lectura.

1.º Prudente moderación en el tiempo que se emplee en la lectura; porque así lo exige la higiene y porque las facultades se fatigan, la atención se debilita y no hay aprovechamiento. Balmes aconseja que al paso que se lea se medite.

2.º No está seguramente el adelanto en devorar páginas y libros. Léase siquiera sea poco, pero bien: concentrando suavemente toda la fuerza de atención, dándose cuenta de lo que se lee, como si en la memoria fuésemos dejando una copia exacta de todo y como si tuviésemos la obligación de repetir ante el público lo que leemos y sin auxilio del libro.

3.º Pide también el buen método que se proceda de lo fácil á lo difícil; de lo elemental á lo fundamental.

4.º Es indiscutible que hay marcadísima diferencia entre los talentos y que es demasiado vasta la escala de las aptitudes; en consecuencia, quien acierte en la elección de materia, aprovechará, y quien yerre en este punto tan capital, perderá miserablemente el tiempo y hasta el afecto que tenga á la lectura.

5.º Conviene que nos propongamos un fin útil en

los estudios y en la lectura. Será cuanto se quiera de hermoso amar la ciencia por la ciencia; pero no deja de tener su lado ridículo ocupar el tiempo precioso en lo que para nada nos ha de servir y que por tanto estorba á las ocupaciones, ó estudios, ó lecturas de provecho. Estas observaciones son ahora descuidadas sobre todo en la educación del pueblo y especialmente en la educación de la mujer.

Negar que haya bueno y malo, moral é inmoral en los libros y en los periódicos, sería negar la luz en pleno día. Que sin restricción de ninguna especie se ponga todo en manos de cualquiera y más en manos de la inexperta juventud, es un crimen imperdonable en quien puede evitarlo, y es al propio tiempo una falta contra la lógica ó sea contra la razón natural. No otra cosa han hecho y hacen las modernas libertades de pensamiento, de emisión del pensamiento, de enseñanza, etc., etc. Somos libres, pero toda libertad tiene sus límites racionales, límites que el liberalismo ha traspasado echando por tierra aun la moral meramente natural.

Por su parte la Iglesia católica, conocedora del mal y celosa por evitarlo, ha puesto en práctica los medios que su prudencia le ha ido sugiriendo. ¿Qué importa que hijos descastados la maldigan? tarde ó temprano el mismo exceso del mal la justificará: por ahora sus enemigos, ciegos por satánico orgullo, la calumnian y la presentan como la opresora del pensamiento: ¡mentira! La Iglesia con la historia puede demostrar que ha sido protectora de la

ciencia y enemiga implacable del error bajo cualquiera de sus formas; ha procurado extender el reinado de la moral y ha sido el azote del escándalo para proteger la inocencia y la virtud.

La Iglesia comprende que la razón no es infalible y por esto nos previene y ayuda para que no nos engañemos, sobre todo en puntos de gran trascendencia como son la religión y la filosofía, imponiéndonos la fe y aconsejándonos escrupulosidad suma en los raciocinios. Nuestro camino está erizado de dificultades y peligros, y no puede menos de ser repugnantemente soberbio é ingrato quien rehusa la compañía y el auxilio de un guía experimentado y bondadoso.

La razón humana es por su naturaleza limitada; la alucinan brillos aparentes y juzga con precipitación; depende de los sentidos y en especial de la imaginación; sin querer y hasta sin darse cuenta van formándose y arraigándose propias preocupaciones; por esto quizá nos explicamos las ajenas extravagancias y disculpamos las nuestras diciendo con calma que «cada cabeza es un mundo;» hay preocupaciones de la época, del lugar, de la escuela, de la familia, á las cuales es muy difícil substraerse; la ilustración misma si no tiene por base la religión y la sana filosofía, es quizá la más grande y contumaz de las preocupaciones. Ahora bien, á tantos tropiezos añádase el de las malas lecturas, y no habrá quien pueda calcular las consecuencias.

Por su parte la voluntad no está menos expuesta

á caer si se tiene en cuenta la natural proclividad al mal, reconocida y confesada aun por los mismos paganos; impelida por muchas y violentas pasiones; asediada por continuas é importunas ocasiones; dominada por el tiránico poder del mal ejemplo y del respeto humano. A tan poderosos elementos de perversidad asóciense ahora más que nunca, los errores contra la moral, las más absurdas teorías, los halagos á las pasiones por las artes ya no bellas, sino impúdicas y puestas al servicio de la propaganda de inmoralidad. Y en todo esto tienen parte muy principal y muy activa la *novela* y el *periódico*.

Claro está que hay novelas y periódicos buenos y excelentes; pero es igualmente indudable que los hay malos y pésimos.

Prescindamos de raciocinios especulativos sobre los fines de la literatura recreativa y medios para conseguirlos: creemos que el hombre más despreocupado, pero *racional*, estará de acuerdo con nosotros en exigir por lo menos que si no es provechosa, no sea corruptora. Pero ¡ay! al lado de poquísimas obras sanas y dignas de aplauso, hay una producción escandalosa de mamarrachos que ultrajan la literatura y la moral. ¡Desgraciados autores que son la piedra de escándalo de la inexperta juventud! ¡Miserables jóvenes que pierden el tiempo y el alma en esas infernales lecturas! ¡Más desgraciados y miserables los gobiernos que con estoicismo brutal no solamente no impiden, sino que favorecen tan terrible calamidad!

Puesta la novela en esas pésimas condiciones á que, hechas sus honrosas excepciones, está reducida; que es por lo común producto de ingenios adocados y corrompidos, capaces de proponerse sólo el fin satánico de pervertir á la juventud y hacer del vicio la más sórdida especulación, ¿qué puede esperarse?

Por desgracia se ven y hasta se palpan los resultados, sin que por eso se levante un clamor general de justa reprobación; antes bien corren los libros de mano en mano, y las tales noveluchas constituyen la parte amena (?) de los periódicos.

Ni la lengua, ni el arte, ni la moral son respetados: á la lengua se la estropea y empobrece con el descuido absoluto de las leyes del bien decir: al arte se le confunde, ora con un desvergonzado realismo que despierta y desenfrena toda suerte de pasiones, ora con un muelle y ridículo sentimentalismo que enerva la energía de la voluntad. La moral queda ultrajada, porque se enseñan ó cohonestan las más absurdas teorías que últimamente ha abortado la impiedad, y porque no se vacila en hacer la apoteosis del suicida, del espadachín ó de cualquier calavera afortunado.

Si merecedores son de la más acre censura los jóvenes casquivanos que hollando la inocencia y el pudor pierden el tiempo en esas malvadas lecturas; no hay ciertamente palabras para reprobar cuanto conviene la conducta de los mayores y de los padres de familia, que dan el escándalo á los hijos ó á

los menores leyendo malos libros; ó mostrándose omisos tolerando que dichas novelas sean leídas, cuando deben y pueden evitarlo.

(Continuará.)

VARIETADES

II

MIRADA RETROSPECTIVA.

Al Sr. F.

¡Un año más que desaparece en el pasado, en esa fosa en que se han sepultado tantos! . . . Aquí yace el año de 189. . .

Y decís: «Tengo un año más.» No; tenéis un año menos. . . . El año que desaparece ya no es vuestro, se ha ido, ha muerto. . . . *decessit*. . . . no volverá jamás!

Distingamos, sin embargo. Tenéis ese año, podéis contarle en vuestro activo, si lo habéis *empleado bien*; os pertenece, si está inscrito allá arriba, en el *libro de la vida*.

Ó no lo tenéis, si lo habéis *mal empleado*, si lo habéis perdido, si allá en lo alto ha sido registrado en el *libro de la muerte*.

Pero bien. . . . ¿qué os parece? Este año que acaba de pasar ¿lo tenéis ó no lo tenéis?

Dirigid valerosamente una *mirada* al pasado y respondedme en conciencia.

Es ya la noche: ¿cómo habéis empleado la tarde que se extingue? Os oigo responder:

—No he hecho gran cosa... por cierto.

—¿No habéis hecho nada? Ha sido, pues, *una tarde perdida*... ¿y la mañana de hoy?

—¿La mañana de hoy?... ¡Dios mío! lo mismo....

—¡Bien!... Una *mañana perdida*.... Una *mañana* y una *tarde perdidas*, hacen un *día perdido*.... Y durante la semana que acaba de pasar ¿qué habéis hecho?

—He corrido, he jugado, he reído... hé aquí mi trabajo.

—¡Una *semana perdida*!... ¡*Siete días* perdidos!... ¿Y cuántas semanas habéis pasado de la misma manera?

—Podrán ser treinta... mal contadas.

—Es decir que os habéis dado las más estupendas vacaciones!... Justo es tomarse unas vacaciones... un descanso... Bueno es, de tiempo en tiempo, recrear el espíritu y el corazón... y el cuerpo también necesita reposo... Pero... treinta semanas de descanso, y sobre todo de un descanso tan completo como el de que me habláis, sin haber hecho más que correr, jugar y reír... me parece demasiado... ¡Vaya!... os concedo diez semanas de gratas vacaciones; pero el resto... forzoso es confesar que fué *tiempo perdido*.... Y... reflexionado... son... *veinte semanas perdidas*!....

Pero... volviendo á aquellas diez semanas que os concedí para reír, jugar y correr... decidme: ¿con qué *intención* habéis jugado, corrido y reído? ¿Simplemente por recrearos?

En este caso siempre son *diez semanas perdidas*!

El juego, la risa, los paseos, son por su naturaleza, cosas *indiferentes*, esto es, ni buenas ni malas. Lo que da á esos actos una bondad, un valor cualquiera, es la *intención* con que se hacen. Y hé aquí por lo que un libro rancio decía: *Otiare quo melius labores*: «Descansad *para* que trabajéis mejor.» Pero ese viejo libro no dice lo bastante todavía. Vais á verlo en seguida.

Habíamos llegado á un total espantoso de *treinta semanas perdidas*! ¿Esto es todo?... Tal vez no... Decidme ¿qué habéis hecho de las otras veintidós semanas restantes del año?

—¡Oh! Esas sí que fueron muy bien empleadas. En ellas *trabajé*, hice fructificar mis tierras, aumenté mi capital....

—Es decir que habéis trabajado *por ganar dinero*? Pero bien, eso no basta... Ganar dinero es á lo más un corto *medio*, no el *fin* que debemos procurar... Y... ¿ahí queda todo lo que habéis hecho?

—¡No! he *estudiado*, he desempeñado un puesto público, he adquirido una posición honrosa.

—¡Oh! ¡muy bien!... Tal vez vuestro nombre es célebre en la Administración pública, en la política, en la Banca, en la milicia, en el comercio?... Sea, sea... Mas ¿con qué *intención* habéis hecho todo eso?... Por adquirir gloria. ¿no es verdad?... Pues bien, habéis trabajado por un vano sueño, por un *humo* solamente. Y ello es que ciertamente no hemos sido creados y puestos en este mundo para

semejante vanidad. . . . Habéis *perdido* el tiempo, os lo aseguro; habéis *perdido las cincuenta y dos semanas del año!*

Para hacer obras de verdadero valer, sea que trabajemos, sea que descansemos, sea que nos consagremos á prestar nuestros servicios al prójimo, es necesario obrar por Dios. . . . sí; *obrar, y obrar por el bien, obrar por Dios. . . .* hé aquí la fórmula.

Esta fórmula es la que no habéis *practicado*, y hé aquí por qué os digo y repito que *todo vuestro año se ha perdido. . . .* absolutamente perdido. . . . Pero. . . . mirad aún, mirad un momento más vuestro pasado. El año anterior al que acaba ¿habrá sido empleado de la misma manera? ¿Y el que á ese precedió? ¿Qué edad tenéis, caballero? perdonad.

—Treinta y tres años.

—¡Treinta y tres años! ¡Ah! me recordáis una terrible historia. . . . En dos palabras os la voy á contar:

Una noche de invierno del año 1821 lord Byron, el gran poeta inglés, escribía tristemente:

AQUÍ YACE EL 33.º AÑO DE UNA VIDA MAL EMPLEADA.

Poco después moría el poeta. . . .

Conque. . . . vuestro epitafio ya está listo, caballero; ¿estáis dispuesto á morir?

(*Simientes del Paraíso.*)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1º Epist. de S. Juan, Cap. V, v. 4.

DOCTRINA

(Continúa.)

Habiendo resuelto el Hijo de Dios rescatar al hombre, fué convenientísimo que la redención se hiciera en la naturaleza misma que quería rescatar; y por lo mismo debió hacerse hombre, puesto que iba á rescatar al hombre. Mas, ¿por qué humillarse, por qué reducirse á la pequeñez de un niño? ¿No podía tomar un cuerpo formado, como el de Adán cuando fué hecho por Dios? Tal es la primera dificultad que se nos puede oponer.

No hay duda que Jesucristo pudo hacerse hombre perfectamente formado y desarrollado desde el primer instante de encarnar; pero, empezar por hacerse infante pequeñito, y dignarse nacer de una mujer como todos los hombres, fué un rasgo admirable de sabiduría y de bondad. Fué sabiduría, por tres razones: 1.ª Jesucristo quiso cerciorarnos por un testimonio irrecusable, de que se había revestido de nuestra carne. Entre los muchos herejes que de di-